



ALMEIDA GARRETT.

Juan Bautista de Silva Leitao d'Almeida Garrett, vizconde de Almeida Garrett, nació en Oporto en 1799. Su familia, irlandesa de origen, vino á acogerse á España huyendo de las persecuciones que sufrían los católicos, pasando desde aquí á Portugal en la comitiva de la reina Doña Mariana, mujer del rey D. José I.

Establecieron los emigrados en la isla Zercera, donde nació el padre del ilustre poeta de quien nos ocupamos.

Educáronle sus padres con sumo esmero, de cuya educacion aprovechó el joven Juan Bautista, que empezó á dar tempranas muestras de una inteligencia nada vulgar.

Debió los primeros cuidados intelectuales de su educacion á un pariente suyo obispo de Angra en la isla Zercera, punto donde entonces residia con sus padres, que allí habian ido á buscar un refugio contra la invasion francesa y la toma de Oporto por las tropas.

Hombre profundo é instruido el obispo, educó con predileccion manifiesta á su sobrino, iniciándole en los conocimientos que desarrollando las facultades intelectuales abren ancho y vasto campo á la imaginacion del que ha nacido poeta.

No desperdició el discípulo las lecciones de su maestro, y pronto pudo conocer el obispo lo mucho que prometia la precoz inteligencia del joven Garrett llevada por buen camino y utilizándola en una carrera; por eso el pensamiento de aquel fué dedicar al futuro poeta á la carrera de la iglesia; pero el discípulo no mostraba gran predileccion por la vida clerical: así fué que á poco de recibir las órdenes menores, abandonó aquellos estudios para consagrarse á la jurisprudencia.

Cursóla efectivamente en la célebre universidad de Coimbra, donde al par de brillar en las cuestiones de derecho, lanzaba ya los primeros destellos de una musa que habia de honrar la patria de Camoens, Gil Vicente, Ferreyra y otros.

Pocos sitios mas mas á propósito para desarrollar los instintos poéticos del joven Garrett pudieron haber elegido; robusteciéndose su imaginacion en aquellas vegas apacibles que sus antecesores los poetas habian cantado, y en las que, como dice su biógrafo *Latino Coelho*, se escuchaba el llanto de Inés de Castro y las tiernas y suavísimas estrofas del gran Camoens.

Efectivamente, la imaginacion yárica y lozana del joven se

desarrolló mas en aquellos sitios, y cediendo al género por entonces en boga, compuso en la universidad á la edad de 19 años una tragedia que con el título *Yerges* se representó por los estudiantes, sin que haya visto la luz pública; igualmente corrió la *Lucrecia*, otra tragedia tambien representada por sus compañeros.

Los aplausos y la fama que á la sazón alcanzaban los escritores trágicos, hubieron de llamar la atencion de Garrett: hé aquí la explicacion de que sus primeras obras sean tragedias é imitaciones de Voltaire y Alfieri.

Empapado sobre todo en la lectura de este último, compuso el joven poeta la *Merope*, publicada despues, y acerca de la cual ha dicho el mismo autor que solo era un mero reflejo de las que con los mismos títulos escribieron Maffei y Alfieri.

La primera obra suya que vió la luz pública es un poema escrito en su juventud y cuyo título el *Retrato de Venus*, da ya á entender que el joven poeta se hallaba bajo la impresion de los poetas clásicos.

No es una obra de consideracion el poema del futuro cantor de Camoens, y fuera de algunos arranques bien sentidos y de elevada inspiracion, el conjunto de la obra es pálido y frio; resientese mucho del sensualismo de los clásicos paganos, y si bien no despreciable como obra de un joven, no puede dársele importancia, mucho mas despues de leer Doña Blanca y el magnífico é inspirado poema en que cantó á su compatriota Camoens, al autor de Los Lusíadas.

(Continuara).

ARTÍCULO HISTÓRICO, CRÍTICO, RECREATIVO PARA EL QUE LO LEA, SOBRE UN VIAJE, Y DESGARRADOR PARA EL QUE LO ESCRIBE, QUE ES EL VIAJERO.

I.

Un artículo de viajes es como otro cualquiera, por ejemplo artículo de pimienta furiosamente picante, de galleta dura y añeja, de borgeguies despiadadamente opresores, de divan con muelles puntiagudos, de butaca con respaldo de durísimo estu-

25 DE MAYO DE 1856.

co, es en fin artículo de escarmiento severo, real, palpable, inevitable, mortificador, matador y dolorosísimo para el paciente que le paladea. Decimos esto, porque ignoramos la definición de un artículo, y no sabemos mas que darle la significación que dejamos apuntada. Un artículo in scriptis es una serie de palabras mas ó menos extensa, y sin otra regla de graduación en cuanto á su largueza ó encogimiento, á su orden ó desorden, á su estructura y forma que la índole del periódico á que se destiná y la voluntad melindrosa ó bonachona del director propietario de quien depende su inserción. Este artículo, escrito ya y ya acogido é impreso y circulado, debe seguir la regla de entretener por unos cuantos segundos al lector carísimo, y si posible es enseñarle algo útil, algo que le aproveche, si no en el acto, para lo futuro, y sobre todo que no le mortifique ni aburra. El articulista deberá ser en primer término breve, en segundo festivo, en tercero claro, en cuarto verídico, y por fin y postre moralista puro y neto, aunque no rígido ni exagerado. Veámoslo y procurémoslo. Viajar es moverse ó ser movido en una dirección dada; un viaje se hace por necesidad ó por gusto, y un viaje recrea ó condena temporal ya que no eternamente. Se condena temporalmente el que viaja por necesidad y para hacer su viaje tiene que moverse á sí mismo: se recrea el que viaja voluntariamente y el que para viajar no se mueve sino que es movido: mas claro, el que viaja necesariamente y á peonza y ruta marcada al dorso de su carta de domicilio, antes pasaporte, es un condenado de presente: el que viaja en ferro-carril, en diligencia que no sea sinónimo exacto de la pereza, que no vuelque, ni atasque, ni se bambolee como los nidos colgantes de la tricolor oropéndola y por arrecifes leal y legalmente contruidos, se divierte; y se desespera, y magulla, y descuartiza el que viaja en carro, galera, tartana sin muelles, mula asendeada, caballo relinchon ó jumento torpe, y goza y disfruta el que viaja libre el alma de recuerdos que la aflijan por lo que abandonó en su punto de partida y de deseos que la aguijen por lo que ha de hallar en el punto á donde se dirige. Un viaje en fin voluntario ó forzoso ofrece mas sinsabores indudablemente que delicias. Esto es claro; porque nuestra existencia no es otra cosa que un viaje, y nuestra vida saborea en su trayecto mucho mas de agrio que de dulce. De aquí debemos inferir que no nos queda mas recurso en lo humano que viajar ó morir, y si nadie puede tener el mal gusto de optar por lo segundo, preciso le es abrazar con cristiana resignación lo primero, y escuchar atenta y compasivamente lo que vamos á contar de un viaje que por no morirnos hemos hecho nada mas que de 62 leguas, y en la estación de las flores, y al través de las provincias extremeña y castellana. Con efecto el mes de abril iba en sus últimos días, y nuestro cuerpo y alma tuvieron necesidad de trasladarse de un punto á otro, del poniente hacia el saliente, 62 leguas desde los lindes de Portugal á la corte de las Españas.

Parécenos oír al lector estas ó semejantes palabras. «Buen artículo por cierto será el de un viaje de 62 leguas; tendrá cuatro renglones y medio *ad sumum*, porque ni muchos mas ni muchos menos pueden escribirse sobre lo ocurrido en seis ú ocho horas, á no ser que el articulista haga lo que hasta aquí, charlar de todo lo criado y por crear, menos de su propósito, esto es de su viaje.» Nosotros, pues, figurándonos que tal oímos, tenemos que contestarle no figurada sino realmente que el artículo comprenderá no cuatro sino cuatrocientas líneas, y comprendería cuatro mil y hasta un volumen de tomo y lomo si hubiésemos de referir menudamente lo ocurrido en 62 leguas, que representan 620 con setenas, y que han envuelto incidentes sin número y parecidos todos en lo amargo, desprendiendo una verdad innegable aunque triste, á saber, que el viajero debe al serlo si es cristiano salir confesado y comulgado, llevarse á prevención los oleos extremos en el bolso y despedirse de sus deudos y amigos hasta cuando Dios quiera.

II.

Dimos con efecto la espalda á las empinadas crestas de la

montaña de la plaza portuguesa llamada Marhan, y sobre tres caballos, y no de raza, empezamos nuestro viaje á la hora en que el dorado sol de Castilla se levantaba majestuoso para consolar á los vivientes que no le miran cara á cara, como nosotros veníamos haciéndolo; porque desconsuelo y no pequeño era el ofuscarnos la vista con sus nacientes fulgores, cuando la necesidad de lince para gobernar nuestras cabalgaduras, de cuya seguridad individual dependía la nuestra. Nos era pues indispensable evitar cuidadosamente un tropiezo, un atascón ó un resbalón, incidentes harto posibles cuando se camina por veredas que reconocen por único constructor á la costumbre de ir y venir por ellas diariamente y en manera alguna á la mano del hombre, que en el país de que hablamos ni se ocupa, ni se ha ocupado, ni piensa ocuparse de las *comejadas*, ó lo que es igual de procurarse caminos vecinales medianamente cómodos, seguros y expeditos. El que así suceda se explica perfectamente: los hombres allí se distinguen de la generalidad, y son de los que tienen el mal gusto de morirse primero que viajar. Un viaje para ellos que traspase los límites de su jurisdicción domiciliaria, es un acontecimiento de inmensa gravedad, es causa suficiente de una afección de ictericia, de un ataque de terror nervioso, del desarrollo de un dolor agudísimo de cuerpo y alma capaz de destruir en un instante y de un solo golpe el comercio del espíritu con la materia, ó en términos mas precisos muy abonado para matar á un prójimo de cinco pies y cuatro pulgadas por falta de circulación sanguínea, porque la idea de un viaje congela la sangre, como los rigores de una noche de enero hielan una gota de rocío en el cogollo de una mata de siempreviva.

Esta aversión instintiva á ausentarse del cobertizo que los vio nacer, no reconoce por causa aquella que nosotros tenemos á un viaje; á nosotros nos amedrentan las penalidades, á ellos los asusta la novedad; y en esta diferencia se lee la necesidad perentoria de mejorar las vías para disminuir las penurias del viandante y la de inspirar amor al progreso, para que lo nuevo y lo desconocido halague y no aterre; en dos palabras, en nuestro país lo que hace suma falta es desarrollar la educación y fomentar los intereses; y así llenaremos nuestra misión sobre la tierra. De lo dicho se infiere que en Extremadura es fuerza, para obrar con justa equidad, aplicarse con mayor empeño y celo mas vigoroso, que en otras provincias, al cultivo de la instrucción y al fomento de la construcción; y he aquí, caro lector, cómo vamos cumpliendo aunque bien imperfectamente el deber de articulista, el de regalarte alguna verdad que siempre fué útil, y en los tiempos que corremos mucho mas, porque los tiempos presentes escasean por desgracia de verdades á medida que abundan en sofismas que no dejan de serlo aun cuando vengan ataviados con trajes de gusto oriental. — Montados íbamos y con el sol de frente (y sin ánimo de no distraernos, y nos hemos distraído, pero no entonces que viajábamos, sino ahora que escribimos muellemente sentados en nuestro sillón), é hicimos después de siete muy cumplidas horas cuatro que un cómputo arbitrario denomina leguas, siendo según el racional seis por lo menos. No hay que sorprenderse de este hecho cierto, fuera de los arrecifes en Extremadura (que entre paréntesis solo hay ocho leguas), estas se gradúan á ojo de buen cubero, así es que el pobre viajero que es novel en su práctica, por mas que lleve en el bolsillo ó en la memoria el itinerario, jamás acierta con la hora de salida y entrada; y de ordinario siempre y á todas partes llega tarde, saboreando por ello los disgustos consiguientes á la irrealización de sus propósitos. Y esta es otra falta de grave trascendencia que se observa no solo en Extremadura, sino en todas las provincias del reino; falta cuya subsanación reclama con urgencia la utilidad común, y falta reparable con pequeños dispendios y en poco tiempo. Fijar este y determinarle para que el viajero sepa con aproximada exactitud el que ha de invertir de un punto á otro, es á todas luces de un interés marcadísimo é importante. ¿Y por qué no se ha hecho? ¿Y por qué no se hace? ¿Y por qué no se piensa acaso hacer?.... ¿Y por qué nosotros no escribimos de nuestro viaje y nos dejamos de digresiones?

Para que no nos reprendas, carísimo lector, allá vamos, al grano, al viaje, al coche, al coche; mal dicho, á caballo, á caballo. Ya estamos, y caminando, y volviendo grupas amedrentados por la tormenta, que se nos viene encima cerrando el día con su horizonte espeso y negro, nos guarecimos de ella, á Dios gracias, no te asustes lector, ya que nosotros nos asustamos y con especialidad el pequeño y querido hijo que también viaja. ¡Qué de reflexiones no se ocurren durante la tempestad, especialmente cuando uno se guarece de ella debajo de una encina, ó á la sombra de una piedra, y desde un abrigo tan deleznable ve con religioso espanto rodar sobre su casi desnuda cabeza la formidable omnipotencia del Dios de las borrascas trazándose en círculos de fuego, sonando en estampidos pavorosos y rompiendo luego en gruesas lluvias; despidiéndose por último de la humanidad sobrecogida con un signo de paz, con el iris encantador que deslumbra los ojos, ensancha el pecho, y tranquiliza el espíritu! Entonces, querido lector, en un período tan rápido, ¿no es verdad que el hombre entonces en un cuarto de hora, en media hora á lo mas, recorre todo su ser, se comprende todo á sí mismo, se considera tal cual es, y ve lo que en sí encierra por el prisma de la verdad inmaculada?

¡Conciencia! ¡Cuál te purificas! ¡Creencia! ¡Cómo te robusteces! ¡Inocencia! ¡Cuál brillas al fulgor vivísimo del alígero relámpago! Con ojos escrutadores considerábamos el semblante candorosamente respetuoso y sorprendido de nuestro pequeño hijo, el contristado, suplicante y anonadado de nuestros criados, y en el espejo cristalino de la inmediata fuente veíamos el nuestro expresando reverencia al Criador, reconociendo su poder, confesando nuestra impotencia, anhelando su gracia y suplicando á su bondad. Y cuando su bondad nos oye y se nos anuncia con el iris bienhechor, el reconocimiento mas profundo y sincero se dibuja en nuestros semblantes, y nuestro corazón entona espontáneo el himno de salvadora bonanza que acompañan las aves, repiten los valles y escucha atenta y reverente la naturaleza entera. ¡Cuán inefable es el gozo del hombre cuando se siente inspirado por la presencia de su Criador!! Discurremos placeres, inventemos contentos, combinemos venturas, todos son reflejos pálidos del purísimo deleite que saborea una alma que sabe remontarse y se remonta á su divino origen.

(Continuará.)

J. G. H.

UN CAPITULO DE LAS MEMORIAS DE JULIA.

I.

Corría el año 1835....

Era el mes de febrero: el bullicioso carnaval comenzaba á sentirse....

Todas mis amigas preparaban sus trajes de fiesta, invitándome á dar mi opinion sobre los adornos con que debían engalanarse.

Toda su animacion no era bastante á desvanecer la apatía que me dominaba: todos los esfuerzos que hacían para descubrir el secreto padecimiento que me oprimía, se estrellaban contra mi voluntad. ¡Ay! Eran demasiado niñas, demasiado inexpertas para ver en mi pálida frente una sombra indeleble que los años no borran jamás; un recuerdo de un amor desgraciado.... Veía con una calma cruel la alegría á que se abandonaban, y su franca sonrisa me daba compasión.

—Tanta felicidad, —decía para mí, tanta ilusión como forja vuestra infantil cabeza, todo ese porvenir hermoso y perfumado que vuestra fantasía tiñe de color de rosa, todo puede desaparecer en un instante con la palabra ó la mirada de un hombre.

«Mañana tal vez sea vuestro despertar mas triste que mi pensamiento, y echareis de menos la dulce libertad con que os entregais hoy atolondradas á los delirios de ilusiones mentidas.»

¡Pobres niñas! Cuánto hubiera querido que me comprendie-

ran para salvarlas de los peligros donde insensiblemente se precipitaban.... Era imposible. No me comprenderían, contestando tal vez con una carcajada cuando les gritase. —Imprudentes, deteneos, ¿no veis que correis á vuestra perdición? En esa fiesta á que marchais ufanas, dejareis todas las halagüeñas esperanzas que lisonjean tanto vuestro corazón como vuestra vanidad.

Esas alabanzas que satisfacen vuestro naciente orgullo, esas tiernas palabras dulces como el amor que los hombres repiten á vuestro oído, todo, todo es mentira, mentira sus palabras, mentira sus promesas, mentira sus lisonjas, y hasta sus juramentos mentira también.

Tan amargas reflexiones eran interrumpidas por las burlas que me dirigían mis aturdidas compañeras, ó por alguna sonora carcajada á la que seguía una anécdota mas ó menos picante sobre la causa de mi mal humor.

Conociendo por fin que con tan triste filosofía en vez de aliviar mis penas desgarraba mas y mas mi corazón, y recordando haber prometido á unas amigas forasteras asistir al baile, me decidí á acompañarlas.

Llegó la noche tan deseada por muchos corazones; y cuando las demás daban la última mano á su tocado, comenzaba mi sencillo toilette.

Como no pensaba despojarme de la careta, empleé cortos instantes en mi alioño.

Muchas veces asida al brazo de un amante que formaba todas mis delicias, había entrado en el salón con la cabeza erguida, humillando altiva y orgullosa á las que como á mí no les era dado ostentar el poderío de su belleza; pero ¡ay! ¡Esos días tan felices no son mas que un soplo en la vida del corazón; huyen y no tornan jamás, dejando solo en pos de sí recuerdos amargos y desgarradores!....

II.

Llegué, y mi presencia entre el bullicio y las sonrisas, entre el placer y la felicidad era casi una profanación. Bajo un pedazo de tafetan negro estaba mi semblante, tan frío, tan glacial como mi corazón, que ni aun ligeramente se conmovía al recuerdo de sus glorias pasadas.

Como ningún atractivo encontraba en la fiesta, érame indiferente permanecer olvidada en un extremo del salón, que perderme oscurecida en el torbellino de las máscaras.

Resuelta, pues, á observar para satisfacer esa necesidad que tenemos las mujeres de saberlo todo, paseábame sin escuchar las mil palabras frívolas que forman el lenguaje en esas sociedades.

Llamó desde luego mi atención entre otros máscaras, un arlequin, que como yo debía tener recuerdos tristes que le separaban de aquella turba bulliciosa y loca.

—¿Quién era aquel hombre hacía el que me arrastraba una secreta simpatía al verle rehuir la presencia de todos, buscando lo que al parecer no podía encontrar? ¿Quién era? Hé aquí lo que traté de saber poniendo en práctica el plan que había concebido.

Cuando mas absorto estaba el arlequin en sus meditaciones me acerqué á él gritándole al oído:—¿Puedo saber en qué piepiensas, máscara taciturno?

Al verse objeto de la curiosidad de una mujer que cortaba despiadadamente el hilo de sus meditaciones; sorprendido de haber llamado la atención cuando pasa desapercibido para todos los concurrentes, me contestó con amabilidad.

—¿Qué te mueve á hacerme esa pregunta? ¿La curiosidad?

—Es tanto mi deseo de saber quién eres, que no vacilaría en arrancarte la careta.

—¿Y por qué no lo haces, encantadora máscara?—me replicó soltando una estrepitosa carcajada.

—Por no llamar la atención de los que nos rodean, exponiéndome acaso á perder el incógnito que á todo trance quiero conservar.

—Siento en el alma no poder satisfacerte, porque, como tú, deseo también no ser conocido.

— Si estuvieras dispuesto á desistir de ese empeño, te pondría aceptases mi brazo.

— Acepto el brazo; en cuanto á lo demás veremos.

— No; prométeme primero contestar á las preguntas que voy á dirigirte.

— Si se refieren exclusivamente á mi prometido.

— ¿Eres poeta?

— No.

— Entonces cuando menos serás un filósofo.

— ¿De qué lo infieres, deliciosa máscara?— me contestó riendo.

— De que hace un momento te interrumpí abstraído en meditaciones, á que en este lugar solo se entrega un filósofo ó un enamorado. Pero puesto que eludes mis preguntas, voy á hacerte la última. ¿Qué te trae al baile para no participar de la alegría general?

— El recuerdo de una mujer que amé, y el deseo de verla.

— Y la has visto.

— No, la he buscado en vano. Sin duda no vino; porque á estar aquí, ¿pasaría desapercibida á la penetrante vista del que la ama?

— Te compadezco, amante desgraciado, y me ofrezco con toda voluntad, si me lo permites, á ayudarte en tus pesquisas.

— Gracias, amabilísima máscara; acepto con placer; pero cógete de mi brazo porque llamamos imprudentemente la atención.

— Hicelo así, y poco despues reanudamos la conversacion interrumpida.

— ¿Estás satisfecha con la contestacion que he dado á tus preguntas?

— Sí, arlequin; tanto mas cuanto que tu pasion tiene cierta analogía con la mia. Tambien yo amo, y busco en balde por estos sitios el objeto de mi pasion: tambien como tú he venido impelida por el recuerdo de un hombre adorado.

— ¿Eres desgraciada?— me preguntó con un interés que me conmovió.

— Tanto como puede serlo una mujer que llora perdidas todas sus ilusiones en la verde primavera de la vida.

— ¿Y no tienes esperanzas en el porvenir?

— ¡Esperanza! dulce palabra; ¡pero mas que dulce vana! Para mí no hay esperanza; no la hay para los seres que, cual yo, solo aman una vez, una vez no mas en la vida!

— Temería ser indiscreto preguntándote desde cuándo data tu fatal pasion.

— Lo sabrás; pero prométeme no abusar de la confianza que me inspiras, si por acaso te son conocidas las personas que juegan en la historia que voy á referirte.

— Si me conocieras, máscara, no pondrias así en duda mi callerosidad. Créeme, no abusaré de la confianza con que me honras.

— Corriente, doy principio á mi relacion.

III.

«Hoy hace un año pisaba esta alfombra radiante de alegría, contestando con una sonrisa de felicidad á los cumplidos que me dirigian.

....Era dichosa»

«La orquesta preludiaba un wals de Weber...»

«Un hombre hermoso á quien no conocia me ofreció la mano.... Yo acepté con placer. Iba á contar uno mas en el número de mis adoradores.»

«Siempre creí, afirmándome la experiencia en esta opinion, que es para el hombre, en sus tiernos coloquios con nuestro sexo, la palabra *te amo* moneda corriente, y *el es V. encantadora* de necesidad.»

«¡Farsa digna de los hombres!»

«Las maneras elegantes de mi desconocido, y la amabilidad con que sostenia la conversacion sin esa petulancia que caracteriza á la juventud del dia, me dió una idea brillante de su capacidad.»

«No tardó en conocer como hombre de mundo el buen lugar que se iba haciendo en mi corazon, perseverando con ardor

en una empresa que le aseguraba una conquista al parecer anhelada.»

«Yo estaba tranquila; éranme tan indiferentes los sentimientos que podia inspirar, era tanta la confianza que tenia en mis fuerzas; habia probado tan claramente el dominio de mi cabeza sobre mi corazon, que imprudentemente me empecé en una lucha que salí vencida.»

«No tengo reparo en decirlo. Llegué á amar con toda mi alma, con el abandono propio de la confianza que nos merece el objeto de nuestra pasion; con ciega y ardorosa fé, en un porvenir de felicidad suprema....»

«Creyendo ser la única y absoluta señora del corazon de mi amado, no vacilaria en sacrificar en aras de su amor cuanto pudiera halagar mi orgullo de mujer.»

«A tal punto llegaba mi pasion. ¡Mas cuánto me engañaba!»

«¡Cuán falsos y livianos eran mis brillantes ensueños de ventura!»

«Hace un mes que una carta fatal.... ¡Oh! ¿Sabes quien era el hombre por quien habia sacrificado el reposo de toda mi existencia?»

«¿El hombre cuyo amor hubiera preferido al poder y gloria de una corona imperial? Era un miserable que me cambiaba por un puñado de oro!....»

«¡Triste verdad para mi corazon! Adios ilusiones queridas! ¡Adios esperanzas lisonjeras! ¡Adios hechiceras imágenes de gloria y felicidad!»

«Todo, todo fué un sueño dulcísimo de amor; todo mentira.»

«Dormía voluptuosamente en un lecho de flores y desperté, cruel realidad, revolviéndome con agudos dolores en otro de punzantes espinas.»

«Mi corazon palpitante ayer de amor y de felicidad, flota hoy penosamente en el lúgubre vacío de la nada.»

«Y todo ¿por qué? Por haber amado con delirio.»

«Y todo ¿por quién? Por un hombre que ayer contemplaba superior á todo lo creado, y hoy he conocido es el mas indigno, el mas despreciable de todos.»

«¡Oh! Arlequin, ese hombre á quien he consagrado todos mis pensamientos, todo mi afecto, mi vida toda, ya no podria obtener el último, el mas insignificante de mis desdenes.»

«Tanto le desprecio.»

IV.

Aunque dotada de una pureza de voluntad poco comun en nuestro sexo, no pude evitar se resintiese mi sensibilidad al amargo recuerdo de los únicos dias felices de mi vida.

Permanecemos en silencio algunos segundos, hasta que al fin me dijo el arlequin. — Y.... ¿has olvidado á ese hombre?

— No; pero espero conseguirlo.

— ¿Qué pasion te domina cuando piensas en él?

— Ninguna; solo le creo digno de mi indiferencia.

— ¡Me sorprendes, máscara! ¡Eres una mujer nada vulgar!

— Gracias por el concepto aventajado que te merezco; pero no todos lo forman así.

— ¿Pues quién puede dudar?

— Vaya, arlequin, que ó tienes una memoria que da compasion, ó me escuchaste con grande interés.

— Perdóname te haya hecho una pregunta con palabras que expresaron tan mal mi idea. Pero supongamos que tu ingrato vuelve á tí como el pecador arrepentido: ¿le absolverás?

— Aventurada es la suposicion.

— ¿Y si fuese cierta?

— No sé lo que haria; pero puedo decirte que dudo mucho consiga el que tú llamas ingrato justificar su deslealtad.

— ¿Y no le volverias tu amor si lograste convencerte de la inocencia de su conducta juzgada por engañosas apariencias? ¿Le rechazarias con desden si frenético, si anhelante de placer se arrastrase á tus plantas gritando: te amo, angel mio; nunca dejé de amarte; tu amor es mi dicha, sin él moriré?....

— ¡Ah! No, contesté atolondrada, sin saber darme cuenta de lo que sentia.

— ¿No le rechazarias? ¡Oh felicidad! Ven, ven á mis brazos, adorada mía.

— ¿Qué es lo que quiere V.? caballero—dije volviendo de mi sorpresa.

— ¿Qué quiero, Julia? Tu perdón y tu mano—dijo arrancando la careta....

¡Ah! Era él, era el amado de mi corazón.

JOSEFA SAN ROMAN.



Marino de la Real armada.

Pescadora.

Señora de Lisboa.

TRAJES DE PORTUGAL.

PARIS FISICO Y MORAL

estudiado durante la exposicion de 1855 por un español.

(Continuacion.)

IV.

Con tales elementos, pues, no extrañará el lector que la parte moral de los Campos Elíseos de París supere en mérito y novedad á la física, aun concediendo á esta toda la grandeza que en sí tiene. Adúñense ambas ahora; contémplese el espectáculo en una mañana de domingo durante la exposicion de la industria ó en una noche de verano por la misma época, y asistirá el curioso á un espectáculo si no tan edificante como el de los Campos Elíseos de la Escritura, mucho mas animado seguramente y mas en armonía con los instintos que prevalecen en la Samaria de los tiempos modernos.

Los domingos de París, esos dias destinados en la gran ciudad al solaz y regocijo del cuerpo, en compensacion de los seis afanosos que le preceden; esos dias en que todas las gentes altas y bajas, humildes y soberbias, pobres y ricas arrojan la cáscara habitual del trabajo y se engalanan con lo mas reluciente de su ropero para derramarse en toda la extension de la villa en busca de deleites, esos dias se reconcentra en los Campos Elíseos á las horas de exposicion, y en las primeras de la noche una tercera parte de la masa viviente de París, formando con su presencia el gran cuadro que pretendemos bosquejar.

Mas de cien mil visitantes (guarismo oficial) que desembozan por todas las avenidas en busca del palacio de la industria, y mas de otros cien mil (guarismo óptico) que acuden á contemplar á los primeros ó á exponerse á su vez como productos no menos notables de otra industria; doscientas mil figuras en fin constituyen el personal de nuestro cuadro. Ya conocemos el fondo sobre que se destacan; veámoslas ahora palpar y bullir en todas direcciones.

Un regimiento de agentes de policia está encargado de la ordenacion y arreglo de los grupos. El mas numeroso de estos, el que pretende invadir los palacios, es distribuido en largas columnas de á dos en fondo formando culebrinas, cuyas cabezas se

apoyan en las estrechas aberturas de la verja exterior, y cuyas colas terminan á distancia de muchas varas en las plazas y caminos de confluencia. Otros muchos grupos, los de aquellos que presencian la entrada, ó que pretenden quebrantar la consigna y colocarse en chorro fuera de turno, son requeridos y dispersados á cada momento por la autoridad: otros aun mayores todavía que acuden en tropel á las puertas, pero que ni quieren colocarse á la fila (término usual para la entrada de los espectáculos en Francia), ni incurrir en el desagrado de los agentes, se espargen por la extension del campo á esperar hora mas cómoda para penetrar en los edificios. Otros á quienes no ha llamado la exposicion, sino las fiestas y espectáculos de sus alrededores, se distribuyen por los cafés-conciertos, por los teatrillos, juegos y cantinas, comunicándoles la animacion y el ejercicio que esperaban. Otros, por último, que ni pretenden visitar la exposicion ni entretenerse en las fiestas que la cercan, invaden los paseos y se apoderan de las sillas y butacas distribuidas profusamente á los bordes de ellos, formando el público espectador de la gran procesion de carruajes y caballos montados, que en número infinito bajan de todas partes hácia el camino central destinado para las vueltas.

Con tales elementos de orden en contraposicion á los muchos de desorden que una tan extraordinaria concurrencia debe proporcionar, se inaugura la escena del bullicioso cuadro que dibujamos.

Abrense las espigas de las fuentes; rompen á la vez en acorde privado y en desacorde *tutti* las orquestas; voltéanse las cigüeñas de los organillos; agítanse las campanillas de los aguadores; prorumpen en desaforados pregones los vendedores; vocean los titiriteros su espectáculo; gritan los traficantes su mercancía; encarecen los jugueteros su entretenimiento; anuncian con ahullidos las empresas teatrales sus diversiones; suenan cuernos y trompetas los zagales de *omnibus*; redoblan sus timbales los mundos nuevos; badajean sus penetrantes campanas los vapores; atruenan el viento los cocheros con sus voces de alarma; y en medio de esto, la multitud que no anda, sino corre, ya por la ansiedad con que se dirige al punto que le agrada, ya por alcanzar localidad que apetece, ya por libertarse del atropello incesante que la afluencia de carruajes y caballos provoca por

todos lados; la multitud que en continuo charlar por los muchos incidentes que á hacerlo así le obligan; en continuo correr por la violencia de las oleadas unas veces, por el temor de un atropello otras, porque todos se apresuran y corren las mas: aquella masa flotante y bulliciosa, decimos, se arremolina, se desbanda ó circula en la extension inmensa de la pradera, con el desenfado del mas alegre regocijo, con la locuacidad del esparcimiento meditado, con el tumulto propio de su excesivo número é imponente grandeza.

Las culebrinas en tanto pegadas á las puertas del palacio y ondulando á merced de las alternativas del concurso, no de otro modo que largas sanguijuelas agarradas en el cuerpo de un monstruo; la procesion de carruajes enfilados el uno tras el otro en interminables líneas sobre el arrecife; los caballos que caracolean al rededor de estos últimos en número pasmoso; las gentes de paseo que se cruzan casi pegadas cuerpo á cuerpo á pesar de la enorme extension de los asfaltos; la concurrencia á títeres y cafés, juegos y diversiones, formando centros á manera de nudos de una vasta red; los columpios que se agitan por el aire; los caballos y calesines de madera que giran sobre sus ejes; los actores y cantantes que desde sus tabladros respectivos expresan su papel; los titiriteros empingorotados asimismo y en el ruidoso ejercicio de sus funciones; inmensos carruajes de á ochenta ó cien viajeros cada uno que corren á lo largo de carriles de hierro; las palmas de agua que despiden las fuentes; la multitud de copas de árboles frondosos que en tal momento parece como que se agitan y hablan á su vez; los mil pavese flotantes que coronan la cúspide de los palacios, toda esta vida, toda esta animacion, todo este *pandemonium* moral y físico, extendido, reclinado, sembrado en el bellissimo fondo físico de la pradera, cuyos edificios entones, cuyos monumentos, cuyo rio parecen dignamente colocados en su extension, como único adorno mudo de tanta escena hablada, todo ello delinea, sombrea, colorea y limita primorosamente el gran cuadro de los Campos Eliseos, palpitante á los ojos del observador que le contempla desde una altura.

Hé ahí la manera como nosotros abarcamos el conjunto de una sola mirada, un día que en el palacio de la exposicion entraron ciento veinte y dos mil personas, sin que durante el tiempo que permanecieron encerradas se notase su falta en los jardines y paseos.

V.

Pero para estudiar de noche el mismo cuadro, no se debe tomar una altura; porque entonces la magnitud y espesor de los árboles roba toda la visualidad del suelo, y únicamente se distingue un foco luminoso en la extension oscura del espacio.

La noche de verano en los Campos Eliseos durante la exposicion universal, era verdaderamente una de las mil que cuando niños hemos admirado en los cuentos recreativos de Galland.

Antes de que el sol tocase los límites del horizonte, y mucho antes por lo tanto de que la luz natural desapareciese, ya los surtidores de gas inflamados, encendian, que de tal palabra hay que valerse, los edificios, las calles, las plazuelas, los jardines, los cafés, las tiendas, los puestos de todo género y hasta el pescante de los carruajes; circunstancia muy de notar á donde tanto número de ellos confluye.

No contentos los empresarios de teatrillos y conciertos con la gran claridad de las luces oficiales colocadas mas como para iluminacion que como para alumbrado, distribuian por su propia cuenta multitud de faroles y reverberos en la extension y cercanías de sus edificios; fajas de lucecitas al rededor de las verjas; arcos, palmos, inscripciones, escudos, ruedas giratorias, árboles llorones y otra porcion de objetos, perceptibles solo por los botoncitos luminosos de que estaban formados.

La música, menos ruidosa que durante el día por haber cesado las murgas y los organillos de títeres, columpios y perros sabios; la música, verdadera armonía entonces y no plaga infernal, esparcía sus notas por el viento derramando ese perfume acústico de que tan propenso es á impregnarse el aire de la noche.

La multitud de cierto género que suele desentonar los cuadros con su presencia por no tener costumbre de saber gozar de ellos, se retiraba en tropel en busca del descanso que sus tareas del día siguiente reclamaban. Otra multitud, por el contrario, mal avenida casi siempre con la primera, la de las gentes llamadas principales, afluia entonces de todos lados á dar con su buen porte, con su lujo y riqueza un nuevo esplendor á los jardines y paseos.

Era de contemplar aquel bosque encantado desde cualquiera de sus extremos, ardiendo en luz, henchido de notas musicales, embalsamado de partículas aromáticas, rielante de frescura, sembrado en todas direcciones de farolitos de color, amarillos, azules ó encarnados, segun la diversidad de carruajes que en infinito número se cruzaban á modo de figuras de un baile fantástico. Eran de ver los templetes encristalados, brillantes focos de luz que se elevaban sobre los jardines como otros tantos enormes fanales recogiendo en su interior las engalanadas figuras de los actores, cuya ridiculez privada desaparecia ahora ante la belleza del conjunto. Eran de ver las altas cancelas de los parques y jardines de recreo, dejando percibir por entre sus labores doradas el interior de los cafés, de las fondas, de los bailes, cada uno de cuyos centros lo era á la vez de regocijo, de locuacidad, de fiesta. Era, en fin, para visto y palpado, no para descrito y mucho menos con imperfecta y desaliñada pluma, aquel todo desacorde y armónico, incoherente y uniforme, confuso y claro, extenso y recogido; aquel festin, en cuya composicion entraban tantos elementos diferentes, aunque encaminados de consuno á una misma idea; aquella reunion de alegrías y regocijos particulares que se reconcentraban en un solo regocijo y una sola alegría; aquel gran espectáculo no inventado por nadie ni dirigido por empresa alguna, ni consignado en un gran programa, ni sujeto á ningún principio conocido; en una palabra, aquella espléndida serenata que cada nueva noche se daba París á París mismo.

JOSÉ DE CASTRO Y SERRANO.

ESTUDIOS HERALDICOS.

Varios y acreditados escritores han tratado de investigar el origen primitivo de las armerías, ó hablando con mas propiedad de los escudos de armas; y muy distantes de establecer una opinion juiciosa y razonada, han divagado por el anchuroso campo de las hipótesis unas veces apoyados en solo su entusiasmo exagerado, otras en testimonios que se prestan á diferentes interpretaciones, y no pocas tambien en razones de escasa importancia.

Algunos han pretendido llevar el origen de sus investigaciones á los primeros siglos de la creacion; otros han atribuido á los egipcios la invencion de las armerías, llevados sin duda de la predileccion que este pueblo mostró por los geroglíficos de que usaba bajo diferentes formas y figuras; y no pocos ilustrados escritores han creido salvar la dificultad atribuyendo á los hebreos su invencion, afirmando que las tribus del pueblo israelítico se distinguian entre sí por símbolos y blasones que llevaban en sus banderas, señalando á la tribu de Judá un leon, á la de Ruben unas ondas de agua, una serpiente á la de Dan, á la de Benjamin un lobo y así las demas, sin otro apoyo ó fundamento que las palabras metafóricas que usó el patriarca Jacob segun refiere la sagrada escritura, cuando predijo la suerte futura de sus hijos y descendientes despues de su muerte. Igual critica nos merecen los que atribuyen su origen á los griegos, persas, romanos y otras célebres naciones de la antigüedad, porque si bien es cierto que sus caudillos y capitanes usaron de ciertos signos y emblemas en las banderas y estandartes, para guiar á los guerreros al combate contra sus enemigos; es tambien evidente que estas señales y emblemas fueron personales, que no se trasmitian á su posteridad; y no encontramos entre la multitud de autores que han escrito sobre la materia que nos ocupa otras razones mas sólidas para fijar con al-

gun acierto nuestra opinion, que las de los célebres y doctos jesuitas Musancio y Menestrier, que escribieron con notable lógica y erudicion sobre el origen y progresos de la ciencia heráldica, atribuyendo á los alemanes su invencion y origen.

Si fijamos nuestra atencion en la historia de Alemania, encontramos en el siglo X una especial predileccion por los torneos, que eran unos juegos que se celebraban con frecuencia para adiestrarse los guerreros en el manejo de las armas, y que tomaron este nombre de los tornos y revueltas que tanto á pié como á caballo ejecutaban en estos ejercicios para conseguir el premio de la victoria. Apoyan aquella fundada opinion el origen aleman de muchos términos propios de la teoría de la ciencia heráldica ó del blason. Moreri, en su célebre Diccionario, y otros muchos escritores derivan la palabra heráldica de las voces alemanas *hëer*, armado, y *ald*, oficial, que unidas forman la de *hëerald* u oficial armado, corrompida despues en *heraldo* ó rey de armas, antiquísima institucion reconocida en todas las monarquías, y que en lo antiguo estaban encargados de revisar las armas de los caballeros cuando acudían á los torneos, que despues de blasonarlas hacían pregonar para dar á conocer al público la calidad y linaje de los guerreros. Carlo Magno señaló 12 oficiales para ejercer en su corte el importante cargo de reyes de armas, que entre nosotros está reconocido igualmente en personas de buen linaje, versados en la historia é instruidos en la ciencia del blason, y de acreditada fidelidad y confianza, que por especial nombramiento del soberano están encargados de expedir cartas, certificaciones y otros documentos de hidalguía y nobleza, así como de descifrar y ordenar las armas que á cada familia é individuos corresponden.

Estas armas ó sean signos, emblemas ó blasones se forman como ahora con colores y esmaltes, y se adaptaron á los escudos que llevaban los guerreros en el brazo izquierdo para escudarse de los golpes de las armas ofensivas de sus enemigos, cuyo origen se pierde en la oscuridad de los tiempos; pero que los romanos ya conocieron y usaron formados de madera, corcho ó mimbres entrelazados, segun refieren Tácito y César en sus comentarios, cuya forma fué tan varia como las naciones que adoptaron su uso: y no es otro el origen de llamarse escudos de armas.

Fernando Mejía, en su *Nobiliario vero*, dice que toda persona de calidad debe saber el linaje de donde desciende por lo menos hasta su cuarto abuelo, sus armas, las del rey y reino de que fuere; tener conocimiento de los colores, del método de blasonar y los preceptos generales del arte. Si tal se observase, se evitaria el reprensible abuso con que muchas personas ostentan armas que no les corresponden, ó que llevan mal combinadas por ignorancia de la teoría de la ciencia; y el ridiculo en que pueden incurrir otras personas usando armas y blasones en sus tarjetas y carruajes, que no pueden descifrar ni comprender sin el conocimiento de la ciencia heráldica, que puede definirse por el arte que enseña á conocer, descifrar y componer los escudos de armas en todas sus partes por medio de leyes, reglas y términos propios, segun los usos y costumbres de cada nacion.

En la edad media, en los tiempos del feudalismo y la caballería, y durante las guerras de las cruzadas llegó á tomar la ciencia heráldica un incremento prodigioso, y los valientes guerreros de aquella época se esmeraron á porfía en adquirir y conquistar con su valor, virtudes y heroísmo laureles y trofeos con que blasonar sus escudos é inmortalizar sus nombres, para transmitir á su posteridad con ellos un justo incentivo y poderoso estímulo para seguir sus nobles huellas en la senda del honor, que confirmaron despues los monarcas con fueros, privilegios y exenciones.

Hemos llegado insensiblemente á la gloriosa época del origen y acrecentamiento de la nobleza en nuestra patria, y con pesar tenemos que limitar nuestro entusiasmo, al hablar del fundamento de las glorias españolas, por no permitirlo las condiciones de este artículo; pero aunque de paso nos haremos cargo de la procedencia y origen de los emblemas que ostentan en sus armas algunas esclarecidas familias.

Cuando en los últimos dias del reinado del infeliz y desventurado monarca D. Rodrigo, varios guerreros de Africa seguidos de numerosos ejércitos musulmanes invadieron las provincias ibéricas, algunos valientes españoles, escasos en número, pero grandes en el valor que inspira la desesperacion y el amor á la religion y la patria, concibieron el noble propósito de libertarla de la dominacion de sus tiranos opresores; y retirados á los confines de la Península al abrigo de sus rocas inaccesibles, eligieron los caudillos que debieran conducirlos á la victoria. Pelayo en Asturias y Garci Gimenez en Aragon fueron los elegidos para reconquistar su religion y sus leyes; y la historia dirá por nosotros cuán cumplidamente correspondieron á las esperanzas de los españoles. Una serie no interrumpida de gloriosos triunfos y una lucha de ocho siglos de valor y heroísmo lanzó á los hijos del profeta del otro lado del mar, y aun allí el indomable valor castellano logró arrebatar á los sectarios de Mahoma no escasas conquistas y victorias. El que desee ilustrarse en el estudio de los merecimientos de la hidalguía y nobleza castellana, puede hacerlo en las páginas siempre heroicas de la historia de la reconquista, donde está consignado el origen de los blasones que con noble orgullo ostentan en sus armas muchas distinguidas familias de nuestra patria. Esas cadenas que orlan los escudos de los Zuñigas, Peraltas, Mazas y Otazos son emblemas del valor esforzado de sus ascendientes, que acaudillando las legiones de los reyes D. Pedro de Aragon, D. Alonso de Castilla y D. Sancho de Navarra, alcanzaron señalada victoria sobre sus enemigos en las Navas de Tolosa, y fueron los primeros en asaltar y romper las cadenas que rodeaban el campo del miramolin y monarca de los agarenos. Esas Conchas que adornan las armas de los Pimentales, Gaitanes y otros, immortalizaban la célebre batalla de Clavijo, en que los cristianos españoles al mando de D. Ramiro I consiguieron señalada victoria de sus implacables enemigos. Las aspas ó cruces de S. Andrés que llevan los Cañizares, Cárdenas, Contreras, Zambranos, Ayalas, Prietos, Céspedes y varios, recuerdan el triunfo que el ejército de la Cruz acaudillado por D. Lope Diaz de Haro, en tiempo de D. Fernando III, alcanzó contra el de los moros ante los muros de la ciudad de Baeza, y las bandas con dragantes de los Bohorques, Rendones, Serranos, Garridos y otros dan testimonio de la distinguida orden de la banda instituida por el rey D. Alonso para premiar el valor y los servicios de estos guerreros en la memorable batalla del Salado, ganada por los infieles; y omitimos otras muchas distinciones en gracia de la brevedad.

Tambien nos parece oportuno hacer presente otra distincion que la ciencia heráldica reconoce con el nombre de Escudos parlantes, para expresar que corresponden á las familias cuyos apellidos expresan lo mismo que los emblemas y signos que en ellos se representan. A esta clase pertenecen los de Rios, Cárdenas, Zapatas, Lunas, Flores, Pinos etc. etc. que están representados por signos que armonizan con sus apellidos.

Los castillos y leones de los colores de las armas reales, que ostentan algunas familias, son muy honoríficos, y fueron debidos á privilegios y concesiones particulares otorgadas por los reyes para remunerar importantes y merecidos servicios.

No es menos ilustre el de las flores de lis, que alguno como los Aldanas y Maldonados llevan en sus armerías debidas al heroico valor con que el noble almirante del monarca español; Hernan Perez de Aldana, supo sostener el honor castellano en Francia, ante su rey y corte, y que este tuvo que otorgarle contra su voluntad y de mala gana, dando origen al apellido de Maldonado, como se confirma con el testimonio de los escritores de aquella época, y hemos tenido ocasion de ver comprobado en un manuscrito, entre los muchos que se custodian en la Biblioteca nacional, en los versos siguientes:

Entre los grandes señores
y victoria castellana;
vé las cinco flores
sobre sanguina colore
del noble solar de Aldana.
Que despues á Maldonado,

y en Francia bien vengada
dió el rey, de mala gana
las flores, á los de Aldana,
llamándolos Mal donados.

Si los límites que nos hemos propuesto nos lo permitieran, continuaríamos tratando sobre los emblemas que adornan los escudos exteriormente, como son las coronas, yelmos y celadas, lambrequines etc.; pero no terminaremos sin hacer alguna indicación sobre la curiosa obra que con el título de Nobiliario de los Reinos y Señoríos de España, publica en esta Corte D. Francisco Piferrer. En ella se trata con grande erudición y copia de datos sobre el origen de todos los apellidos de nuestra patria, y se hace mención honorífica de los que los ilustraron con sus hechos y acciones las armas y las letras, ó por la práctica de las virtudes, ó otros importantes merecimientos dignos de la consideración de la posteridad. Las lujosas láminas iluminadas al cromo que la ilustran, realzan su indisputable mérito, y aumenta su importancia á proporcion que se reparten nuevas entregas: y no dudamos que su autor además de la satisfacción que debería resultarle, obtendrá la justa recompensa de sus dispendios y sacrificios.

ANTONIO MORENO PAUSEN.

ANÉCDOTA.

Hecho es en general sabido que al monasterio de Yuste en Extremadura llevó sus postreros días el emperador Carlos. Allí y pared al medio de la efigie viviente de la quietud y del silencio habitó por algun tiempo la representación verdadera del movimiento y del estruendo; allí y bajo un mismo techo respiraron juntas la abnegación y el dominio; el ascetismo y la gloria; los monjes pacíficos y el conquistador del siglo. Este, si bien abrazó resignado en el último tercio de su vida el retraimiento monacal, diz que en algunos momentos conservaba su genial inquieto y bullicioso, y en uno de ellos, en que avanzada la noche no podía conciliar el sueño, resolvió con su impetuosidad característica buscar quien con él compartiese aquel insomnio. Como entre el pensamiento y la obra apenas hubiese distancia, lanzóse del lecho, se viste, sale al monasterio y golpea con estrépito la puerta de la primer celda con que tropezó. De mal talante y aun no bien despierto contesta desde dentro el monje. ¿Quién va? El emperador entonces le responde con autorizada voz. ¡Carlos V! Vaya pues, replicó el monje, el emperador Carlos V á revolver el mundo, y deje en paz á un pobre fraile medio dormido. La crónica añade que la réplica del fraile, lejos de irritar al dominante huésped, le hizo acaso por la primera vez reconocer su injustificable y caprichosa ocurrencia. Arrepentido pues se volvió á la cama viniendo á regalarle plácido y dulce un sueño que no había gozado el vencedor de los demas, hasta en aquella noche que consiguió triunfar de sí mismo.

POESÍA.

Aromosa flor hermosa,
mas que la fresca rosa temprana,
andaluza desdeñosa,
deja á mis labios hasta mañana,
besar los negros hierros
de tu ventana.

—
Cuando de noche tus ojos miro
magnetizados si yo los veo,
cuando en las auras de tu suspiro
se agita el aire de mi deseo....
Cuando en tu blanca tersa mejilla
lágrima rueda de amor preñada,
y apenas cerca del labio brilla
cuando en los míos queda guardada,

¿quién no daría
su vida entera,
por verter otra lágrima
tras la primera?

—
Alma de mi ventura,
fé de mi calma,
astro de la hermosura,
luz de mi alma,
¿dónde hay enojos,
después de haber mirado
tus negros ojos?
Que eres mas bella,
que la paloma que hiende el viento,
que la alba pluma rizada en ella,
que el sol del día,
que las estrellas del firmamento,
que los ensueños del alma mía.

—
Aromosa flor hermosa,
mas que la fresca rosa temprana,
andaluza desdeñosa,
deja á mis labios hasta mañana
besar los negros hierros
de tu ventana.

—
Tersa es tu frente, blanda tu risa,
cuna insensata de mis enojos,
y no es mas leve la fresca brisa,
que el movimiento de tu sonrisa,
cuando mis ojos pongo en tus ojos.

—
Perlas de Oriente guarda tu boca,
copos de nieve forman tu seno,
¿cómo no quieres que mi alma loca,
beba el veneno

que hay en tu seno, que hay en tu boca?

—
Su vida entera
¿quién no daría
por un beso del ángel
de Andalucía?

—
Concha de mil colores
tornasolados;
fantasma de mis sueños
desventurados:
perla escondida
en la charca de cieno
que llaman vida,
si es que me quieres
como lo dices entre tus sueños,
como lo sueñas en tus placeres,
ven algun día
á ser el ángel de mis ensueños,
á ser el alma del alma mía.

—
Flor que alegre mayo viste
mas que la fresca rosa temprana,
vuelve al campo en que naciste,
y recoge mi alma triste,
que al primer rayo de la mañana,
se cayó entre los hierros de tu ventana.

LUIS MARIANO DE LARRA.

SOLUCION DEL GEROGLÍFICO DEL NÚMERO ANTERIOR.

La vida es mar que cruzamos todos con trabajos y averías.

Director y propietario, D. EDUARDO GASSET.

Madrid.—Imprenta de la VIUDA DE PALACIOS.